

Fernando A. Navarro

MEDICINA EN ESPAÑOL II

Laboratorio del lenguaje:
florilegio de recomendaciones,
dudas, etimologías, errores,
anglicismos y curiosidades varias
del lenguaje médico



Unión Editorial

Porque el primer componente de esta palabra procede, sí, de *cunnus*, nombre latino de la vulva femenina. Pero su segundo componente no deriva de *lingua*, sino del verbo latino *lingō, lingĕre*, que significaba ‘lamer’. Y aunque en medicina *cunnilingus* se emplea sobre todo desde el nacimiento de la moderna sexología en el siglo XIX, su uso es considerablemente más antiguo también de lo que muchos creen. De hecho, lo encontramos ya en los atrevidos *Epigrammata* del bilbilitano Marco Valerio Marcial, cuando el gran escritor hispanorromano escribe, allá por el siglo I de nuestra era, «fellatorque recensque cunnilingus» (de difícil traducción a nuestra lengua, mucho menos plástica que el latín, pero que podríamos verter más o menos como «un chupapollas y un lamecoños que acaba de coñilamer»).

Hematoxilina, el colorante campechano

El método de coloración más utilizado en histología es la tinción con hematoxilina (que tiñe las estructuras basófilas en tonos morados o violáceos) y eosina (que tiñe las estructuras acidófilas en tonos de color rosado).

El origen etimológico de la sonrosada eosina lo vimos ya en el primer tomo de *Medicina en español* (v. página I⁴⁷): tomó su nombre de la diosa del alba en la mitología griega, **Eos**, quien con sus sonrosados dedos recorría cada mañana el negro manto de la noche y anunciaba la inminente venida de su hermano Helios.

Menos divino es el origen del nombre **hematoxilina**, que yo me atrevería a calificar de campechano. ‘Campechano’ en el sentido más literal de la palabra, puesto que la hematoxilina nos llegó directamente desde la localidad mejicana de Campeche, en la península del Yucatán. Los naturales de Campeche, tierra de vida placentera en el imaginario popular, destacaron tradicionalmente por su cordialidad y trato afable. Por eso, en todos los países de habla hispana llamamos ‘campechanos’ a quienes se comportan con llaneza y cordialidad, desdeñando formulismos y etiquetas.



Campeche gozó también de fama como lugar de origen del **palo de Campeche** o palo tinta, una leguminosa arbórea de hasta 6 metros de alto, utilizada desde antiguo como materia prima para un tinte rojo como la sangre, que se obtenía por decocción de su madera y se utilizaba para teñir vestidos. Cuando, en el siglo XVIII, Carlos Linneo tuvo que acuñar un nombre científico para el palo de Campeche, lo llamó «sangre de madera», pero en griego (*hemato*, sangre; *xylon*, madera): *Haematoxylum campechianum*.

El primero en utilizar la hematoxilina como colorante histológico fue, hacia 1880, el anatomista alemán Wilhelm Waldeyer, todavía hoy recordado por su descripción del anillo linfático de Waldeyer y por haber acuñado dos términos de enorme importancia en la medicina moderna: ‘neurona’ y ‘cromosoma’.

Kernícterus

He hecho la prueba, en repetidas ocasiones, y siempre con idéntico resultado. Cada vez que pregunto a un médico español de dónde cree que nos vino esta sonora palabra, **kernícterus**, obtengo la misma respuesta: «¿del griego?» Debe de ser, creo, por esa *k* inicial, tan característica de las palabras griegas.

Pero no; *kernícterus* no es voz griega, sino un tecnicismo médico que tomamos directamente del alemán; más concretamente, de la palabra *Kern*, que significa ‘hueso’ (de una fruta), ‘pepita’, ‘pipa’



Jesuita, doctor en medicina y prestigioso profesor de anatomía en la Facultad de París, el doctor Guillotin fue uno de los diecisiete médicos que resultaron diputados electos para la flamante Asamblea Constituyente de 1789. Impresionado por los bárbaros métodos usados entonces para ejecutar la pena capital e imbuido del espíritu igualitario de la Revolución, abogó por un procedimiento de ejecución más humano y misericorde, y, sobre todo, igual para todas las personas, con independencia de su condición. Porque hasta entonces había venido usándose el hacha o la espada para los nobles y aristócratas, la horca para el pueblo llano, la estaca para herejes, brujas y hechiceros, y la rueda o el descuartizamiento para los traidores.

Aprobada por la Asamblea Nacional francesa la ley Guillotin para humanizar los ajusticiamientos, en adelante todos los reos —desde el más mísero villano hasta la mismísima reina María Antonieta— serían ejecutados por el mismo método. El doctor **Antoine Louis**, cirujano y secretario perpetuo de la Academia de Cirugía se encargó de poner a punto, a partir de modelos previos ya utilizados en casi toda Europa, la nueva mortífera máquina de ajusticiar, con una afilada cuchilla que baja a gran velocidad por unas guías verticales, hasta producir una limpia y rápida decapitación. El pueblo francés estuvo dudando algún tiempo entre bautizarla *la Louissette* (o *la petite Louison*), por el nombre de su inventor, o *la Guillotine*, por el nombre del instigador de la ley. Este último nombre

fue el que —para desgracia del infortunado doctor Guillotin— finalmente se impuso, y hasta hoy seguimos llamándola, también en español, **guillotina**.

La prensa de Herófilo

Muchos médicos creen que las primeras disecciones de cadáveres humanos tuvieron lugar en el Renacimiento, cuando lo cierto es que la práctica se remonta —como tantas otras cosas— a la antigua Grecia, y más concretamente a la Escuela de Alejandría. Los primeros médicos en hacer disecciones anatómicas en público fueron **Herófilo de Calcedonia** (h. 335 a. C.-280 a. C.) y Erasístrato de Ceos.

No conservamos ninguna obra original de Herófilo, pero a través de Galeno sabemos que el gran anatomista griego demostró la sincronía del pulso con los latidos del corazón, afirmó que la sede de la inteligencia no era el corazón —como entonces se creía—, sino el cerebro, y estudió en detalle la anatomía del encéfalo mediante disecciones en cadáveres humanos. Se le atribuye la descripción de las meninges, de los plexos coroideos, del cuarto ventrículo y del confluente de los senos, que aún llamamos **prensa de Herófilo** en su honor.

Ahora bien, ¿prensa? ¿Por qué ‘prensa’ si el punto donde confluyen los dos senos transversos con el longitudinal superior, el recto y el occipital no se parece en nada a una prensa? En su monumental *Onomatología anatómica nova*, Barcia Goyanes nos explica el disparatado origen de este nombre.

Como ya hemos comentado, la obra de Herófilo nos ha llegado únicamente a través de Galeno. Y Galeno, en su *De usu partium*, nos dice que los senos se reúnen «en cierto lugar vacío, como una cisterna, al que el mismo Herófilo suele llamar **lenós**». Esta palabra griega tiene dos acepciones. En su primera acepción significa ‘cuba’, ‘tonel’ o ‘pila’, y seguramente Herófilo tenía en la mente cualquiera de estos objetos cuando descubrió este gran confluente venoso

porque para cualquiera con dos dedos de frente resulta obvio que la **ceguera** de que habla Saramago en su novela no es la mera discapacidad visual, sino una metáfora antiquísima, una parábola para describir esta egoísta sociedad nuestra y la humanidad de nuestro tiempo, que camina a ciegas por el mundo y por la vida.

El chocolate ya no es lo que era

En España, tradicionalmente, la ley únicamente autorizaba a comercializar con el nombre de **chocolate** los productos elaborados con manteca de cacao; si un producto contenía otras grasas vegetales, aun en pequeñas cantidades, debía etiquetarse como **sucedáneo de chocolate** (por mucho que en los Estados Unidos lo llamaran *chocolate*).

En el año 2000, la Unión Europea —a instancias de Irlanda y el Reino Unido, y para alegría de las grandes multinacionales del sector alimentario—, promulgó una directiva comunitaria (que desarrollaba otra directiva previa de 1973) por la que se autorizaba a usar el nombre de ‘chocolate’ para productos que contuvieran hasta un 5 % de grasas vegetales distintas de la manteca de cacao. España e Italia se opusieron a esta directiva, no la acataron y prohibieron la venta en su territorio de diversos «chocolates» de importación. Pero ello les valió, en enero del 2003, una sanción comunitaria oficial; de manera que, desde mediados del 2003, también en España e Italia se encuentran ya en los comercios «chocolates» con todo tipo de grasas vegetales.

Detrás de un nombre puede haber mucho dinero, y el dinero, ya se sabe, consigue a veces modificar el lenguaje a su antojo.

¡Adiós, gripe porcina, adiós!

La semana del 24 al 30 de abril del 2009 vivimos en todo el mundo, con la epidemia de gripe porcina, momentos casi casi rayanos en la histeria colectiva. Y tuvimos ocasión de comprobar, una vez más,

que las palabras son tremendamente importantes en sí mismas, con independencia del concepto que designen.



Viñeta humorística de Ricardo Martínez publicada en el diario *El Mundo* el 1 de mayo del 2009; reproducida por cortesía del autor.

Tras decretarse en Méjico el cierre de las escuelas, restaurantes, cines, gimnasios, balnearios, centros deportivos y otros locales públicos, la Organización Mundial de la Salud (OMS) decretó, el día 25 de abril, el nivel de alerta 3 ante el brote epidémico de gripe porcina en Norteamérica. Dos días más tarde, cuando en España se confirmaba el primer caso europeo, aumentaba el nivel de alerta al grado 4. Tras las recientes crisis de la industria vacuna con la epizootia de encefalopatía esponjiforme bovina y de la industria avícola con la epizootia de gripe aviar, muchos pensaron que también a la industria porcina le había llegado ahora su San Martín. Digo bien «muchos», y no solo entre la gente sencilla de los países menos desarrollados.

El martes 28 de abril, *El País* traía en lugar destacado una viñeta gráfica de El Roto en la que un enfermo encamado, supuestamente afectado por la gripe porcina, expresaba en voz alta la siguiente reflexión: «Vacas locas, fiebre del pollo, gripe del cerdo... ¿no sería mejor que nos hiciésemos vegetarianos?»

frecuente en este idioma. El médico que desee iniciarse en la bibliografía médica en lengua alemana debe ser bien consciente de ello, pues el dominio del guion es fundamental para distinguir claramente entre *Erbkrankheit* (enfermedad hereditaria) y *Erb-Krankheit* (distrofia muscular progresiva o enfermedad de Erb); entre *Knorpel-Haut-Entzündung* (condrodermitis o condrodermatitis) y *Knorpelhautentzündung* (pericondritis), o entre *Leber-Krankheit* (síndrome de atrofia del nervio óptico o enfermedad de Leber) y *Leberkrankheit* (hepatopatía, enfermedad hepática).

Heterogramas médicos

Llaman los ludolingüistas ‘heterograma’ (del griego ἕτερος, *héteros*, diferente, y γράμμα, *gramma*, letra) a la palabra que no presenta ninguna letra repetida. Es fácil encontrar heterogramas de hasta siete letras, pero la cosa se complica mucho a partir de la decena. En el lenguaje médico encontramos un puñado de heterogramas de once (adulterinos, descoyuntar, estimulador, prosénquima) o de doce letras (cruzamientos, fecundativos, purgamientos, translucidez, ventrílocuas, volumétricas), y he conseguido incluso cazar dos de trece (**centrifugados** y **vomipurgantes**) y otros dos de catorce (**centrifugadlos** y **macrofungibles**).

Más fácil parece estar la cosa en inglés, pues su endiablada ortografía multiplica los heterogramas de catorce letras (*ambidextrously*, *Schizotrypanum*, *benzhydroxamic*, *hydromagnetics*, *hydropneumatic*, *vesiculography*), y he llegado incluso a encontrar uno de quince letras distintas, y bien médico; me refiero al nombre que reciben en inglés los dermatoglifos: **dermatoglyphics**. A partir del cual, por cierto, resulta relativamente sencillo construir un heterograma de ¡diecisiete letras!: **subdermatoglyphic**, en referencia a la capa de la piel situada por debajo de los dermatoglifos, en la cara palmar de las manos y en la cara plantar de los pies.

Diga «¡Oooh!»

En el primer volumen de *Medicina en español* (v. página I²⁴⁴), presenté ya algunos vocablos médicos monovocálicos formados por repetición de la letra *a* con distintas consonantes, como ‘agaragar’, ‘amamantar’, ‘cataplasma’, ‘kala-azar’ y ‘lactamasa’. Y decía entonces que no le iba a la zaga la vocal *o*, presente en numerosas voces médicas monovocálicas con cuatro *oes*, como **cloroforno**, **cromóforo**, **cromófono**, **cronótopo**, **doloroso**, **fotóforo**, **fotófono**, **gonococo**, **homóforo**, **homólogo**, **locomotor**, **monocromo**, **monócoto**, **normocromo**, **nosóforo**, **oloroso**, **oncótopo**, **ortótopo**, **ponzoñoso**, **protocolo**, **protozoo**, **rodococo**, **sonomotor**, **tonótopo** y **toxóforo**.

Especialmente fructíferos son, en este sentido, algunos sufijos médicos con dos *oes*, como el quirúrgico –‘tomo para nombrar instrumentos de corte (**colótomo**, **colpótomo**, **condrótomo**, **costótomo**, **odontótomo**, **proctótomo**) o la terminación –‘logo que forma el nombre de muchos especialistas con cuatro *oes* (**oncólogo**, **otólogo**, **podólogo**, **proctólogo**, **tocólogo** o **zoólogo**), con cinco (**odontólogo**) y hasta con seis (**protozoólogo**).

Echando mano de estos dos sufijos griegos, me es dado incluso inventar tecnicismos médicos monovocálicos ¡con siete *oes*!, que no he visto nunca escritos, pero que cualquier médico entendería sin problemas: **colonoproctótomo**, por ejemplo, sería un instrumento quirúrgico para practicar incisiones en el colon y en el recto; y **odontonosólogo**, obviamente, un especialista en nosología odontológica.

El español suena a chino

¿Sabía usted que en Europa hay muchas personas a las que el español les suena literalmente a chino?

En español, cuando algo nos resulta incomprensible —ya sea por su complejidad o por su falta de claridad—, solemos decir que «eso

corazones, lengua e higadillos. Muchas otras vísceras, empero, se ocultan tras sinónimos muy diferentes de los que empleamos en el consultorio, en el quirófano o en la sala de disección. Así, el encefálo lo encontraremos como **sesos**; los testículos, como **criadillas**; el intestino, como **tripa**; la médula ósea, como **tuétano**, las vísceras en general, como **asaduras**, y los pulmones, como **bofes**, **chofes** o **livianos**.

Buen ejemplo de la complejidad léxica del lenguaje anatomo-gastronómico es el hecho de que un mismo nombre coloquial, como **molleja**, pueda aplicarse por igual a muy distintas vísceras: timo de terneras y cabritillos, páncreas de las reses bovinas y buche de las aves. Y viceversa, una misma víscera puede recibir sinónimos coloquiales muy distintos según la zona geográfica; el estómago, por ejemplo, corresponde a los **callos** de las casquerías españolas, pero es **mondongo** en Argentina y Venezuela, **guatitas** en Chile y **panza**, **menudos** o **pancitas** en Méjico y Perú.

Los tres empeines

¿Sabía usted que, en español, la palabra ‘empeine’ tiene tres significados médicos bien distintos, y no solo se usa para el empeine del pie?

Nunca olvidaré mi sorpresa cuando, siendo residente, una paciente en urgencias me dijo, señalándose el monte de Venus, que tenía ladillas en el empeine. Al día siguiente, en mi casa, consulté el diccionario y comprobé —en espléndida cura de humildad— que una campesina semianalfabeta conocía mi propia lengua especializada mucho mejor que yo. Si abrimos el *Diccionario* de la Real Academia Española, encontraremos que la primera acepción que da para ‘empeine’ es «parte inferior del vientre, entre las ingles», directamente derivado del latín *pectinis* (pelo del pubis).

En su segunda acepción, significa «parte superior del pie, que está entre la caña de la pierna y el principio de los dedos», pero todavía

puede tener un tercer significado, en dermatología, por deformación popular del latín *impedīgo*, *impedigōnis*, para lo que en el registro especializado conocemos como ‘impétigo’.

Tomates tóxicos

¿Sabía usted que en los Estados Unidos el tomate se consideró venenoso hasta que se comió públicamente en Massachusetts en 1820?

E incluso después de esa fecha, no entró ampliamente en las cocinas familiares hasta finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Esta



anécdota histórica explica el uso que se hace en medicina de la expresión *tomato effect* para designar el rechazo de un tratamiento eficaz por meros prejuicios o motivos ilógicos.

El calco de la expresión inglesa puede tener sentido en toda la Europa central y septentrional (incluido el Reino Unido), donde el tomate se cultivó exclusivamente como planta ornamental hasta bien avanzado el siglo XVIII; pero carece de sentido en los países de habla hispana.

Carece de sentido en Hispanoamérica porque el tomate se comía allí ya desde época precolombina. ¡Mucho ojo, pues, a la hora de traducir frases como «the tomato was not eaten in America until 1820»; no debemos confundir nunca el inglés *America*, que se aplica solo a los Estados Unidos, con el español *América*, que designa el continente entero del Nuevo Mundo.

Y carece asimismo de sentido en la Europa mediterránea porque el éxito culinario del tomate está documentado en Portugal, Córcega, la Francia meridional, el norte de Italia y el reino español de